



Declaració d'autoria

Amb aquest escrit declaro que soc l'autor/autora original d'aquest treball i que no he emprat per a la seva elaboració cap altra font, incloses fonts d'Internet i altres mitjans electrònics, a part de les indicades. En el treball he assenyalat com a tals totes les citacions, literals o de contingut, que procedeixen d'altres obres. Tinc coneixement que d'altra manera, i segons el que s'indica a l'article 18 del capítol 5 de les Normes reguladores de l'avaluació i de la qualificació dels aprenentatges de la UB, l'avaluació comporta la qualificació de "Suspens".

Barcelona, a 4 de Juny de 2024

Ariel Ruiz Báez

Signatura:





Grado de Estudios Literarios

Trabajo de Final de Grado

Curso 2023-2024

ARQUETIPOS DEL AMOR EN PLATÓN Y OVIDIO

Ariel Ruiz Báez

Tutor: Ernest Emili Marcos Hierro

Barcelona, 4 de junio de 2024

RESUMEN

La cultura griega ha supuesto las bases que conforman el pensamiento occidental y nuestra concepción del amor parte de los pocos escritos que han perdurado de esta época. Platón (427 a.C. Atenas o Egina), discípulo de Sócrates, es apreciado como uno de los padres de la filosofía y su obra persigue una disciplina que lleve al ser humano a obtener un amor en plenitud; un amor divino que nos acerque a la razón y nos aleje de lo mundano terrestre. Posteriormente, Publio Ovidio Nasón (43 a.C. Sulmona) se convertirá en otra figura elemental que sellará la impronta de la representación del amor hasta nuestros días. Ambos autores difundirán unos arquetipos sobradamente significativos que en la actualidad nos siguen interrogando y que implican un contenido aún vigente.

Palabras clave: Amor, mitos, filosofía, literatura, Antigüedad.

ABSTRACT

Greek culture set the bases of Western thought. Likewise our conception of love originally comes from the very few writings from that time. Plato (Athens or Aegine, 427 BC), Socrates disciple, is acknowledged as one of the fathers of philosophy and his works are aimed at promoting a discipline that leads the human being to find full love, that is, a divine love that brings us closer to reason and farther from all that's earthly, mundane,

Later, Publius Ovidius Naso (43 BC Sulmona), became another key author that has marked the representation of love up to present time.

Both authors diffused so significant archetypes that nowadays keep interrogating us and entail a still valid content.

Keywords: Love, myths, philosophy, literature, Ancient.

INTRODUCCIÓN

El amor es uno de los ejes más importantes que configuran la literatura desde sus inicios hasta la actualidad y esta una de las cuestiones que constriñen al pensamiento humano y que han marcado importantes decisiones y senderos por los que seguimos transitando. La relación entre la literatura y el amor es indisoluble; los grandes amores, de hecho, se hallan en la materia literaria, mas, esta cuestión nos lleva a preguntarnos ¿Es el amor el que ha inspirado a la literatura o por el contrario, la literatura ha inspirado al amor? Bien podría afirmarse que la literatura ha inoculado la semilla amorosa, de forma categórica.

Ciertamente, heredamos la idea del amor a través de los relatos, así pues, sería legítimo describir el amor como todo un relato discursivo, más allá de un sentimiento complejo que

interpela al ser humano en toda su complejidad. El amor remite a una cuestión misma de valor; no deja de ser un valor que depositamos en el otro. Podría afirmarse de forma certera que sin estos relatos que hemos heredado, el amor existiría, sin duda alguna, aunque sería algo muy diferente a lo que conocemos. La literatura no solo busca representar la realidad, sino que crea realidad, no obstante, debe mostrarse cautela a la hora de juzgar con objetividad la vida en la Antigüedad, ya que realmente lo que se ha recuperado de este tiempo ha sido muy poco. Se debe entender con humildad que la construcción que hacemos del mundo grecolatino la hacemos desde lo escaso que ha perdurado, y a menudo, desde una lectura anacrónica y poco sensata. Los valores que conocemos de esta época son un ideal ofrecido por poetas y filósofos. Sin duda, empero, la historia de Occidente viene marcada por estas tradiciones. En este trabajo se pretende profundizar en los arquetipos amorosos en las obras de Platón y Ovidio, ambas figuras clave y representativas en lo que al amor refiere, aunque con visiones bastante separadas. Tanto Platón como Ovidio fueron considerados autoridades en su tiempo, aunque sus escritos más bien responden a una construcción moral que no a una excelencia literaria. Estas obras que nos ocupan deben ser contextualizadas. No responden específicamente a creaciones propiamente literarias, de hecho, son mitos que reproducen también movimientos históricos y culturales y han permanecido vivos, ya que han tenido una gran repercusión. El mito arroja luz a un misterio y generalmente se ocupa de temas sagrados; está claro que el amor es materia arquetípica de mito.

El mito ocupa una presencia considerable en la Antigüedad y en toda la historia del Hombre. La función del mito traspasa al cuento, a la novela o al poema. El mito describe una situación o situaciones que exhortan de una forma generalizada y pretenden trazar un modelo moral y de conducta; son relatos sin autor, aunque de carácter sagrado, del que destaca Denis de Rougemont su origen oscuro. Este origen de oscuridad es precisamente lo que concede al mito esa naturaleza misteriosa que no puede ser desvelada de una forma clara y concisa; de hecho, si así pudiese ser mostrada, no sería necesario recurrir al mito. El amor pertenece a ese terreno misterioso. Por añadidura, se debe enfatizar que la literatura resuelve el mito y lo transforma en algo vulgar y mundano, lo acerca a las personas y lo despoja de su carácter esotérico; lo degrada. Conforme a esta cuestión, nuestra literatura responde a esas continuas degradaciones, o profanaciones como prefiere llamarlas Rougemont. El carácter sagrado de lo mítico se humaniza en la literatura.

De forma admisible, podría decirse que los griegos fueron prácticamente los inventores de todo. Hablar de Grecia es hablar de Atenas, la ciudad estado que más ha contribuido a la formación de nuestra cultura. Los griegos fueron, en efecto, los inventores del amor, aunque

sabemos más del amor de las clases acomodadas que de las clases más humildes. De forma evidente, todas las culturas tienen su idea de amor y bien seguro, estas diferentes perspectivas no se corresponden con la óptica eurocéntrica. En esta misma línea, lo amoroso nos atañe a todos, desde la Antigüedad hasta el tiempo presente, así que de forma concluyente, se podría decir que el amor es común a todos, por tanto un valor universal. El amor supuso una cuestión primordial para el pueblo heleno, del que llegaron a diferenciar cuatro tipos:

Eros: Dios del amor; concretamente del amor carnal, erótico. Es el dios romántico y a menudo se le asocia a la infidelidad, a lo efímero. Es todo un representante de la pasión. Tiene mucho que ver con el enamoramiento inicial, aunque no siempre este amor debe ser pasajero, también se concibe como el inicio del fruto que puede dar paso al verdadero amor.

Storge: Es un amor fraternal, leal. No va asociado a lo efímero al contrario de Eros. Tiene mucho que ver con la amistad. Se caracteriza por ser un amor que crece con el paso del tiempo. Es un amor más reposado. Para los griegos este amor es el que se le tiene a los animales de compañía, por ejemplo. Es un amor basado en el cuidado y en lo sembrado en el tiempo.

Philia: Es un amor basado en el bien; también muy asociado a la amistad. En este amor debe predominar el compañerismo, la solidaridad. Se asocia a un sentimiento fraternal, y no pasional. Es típico de aquellos amigos que se sienten como hermanos, con un amor desinteresado y leal.

Ágape: Es un amor que pretende hacer de nosotros mejores personas. Es un sentimiento universal, es decir, no solo está centrado en el amor romántico, ya que el eros no tiene porqué intervenir necesariamente. Es un amor que proviene del alma y no de la carne. Se nutre del bienestar y la felicidad del otro.

Hablar de amor nos conduce a los orígenes, concretamente a Platón, ya que los primeros discursos amorosos que conocemos y que conforman toda una tradición son los que se ubican en *El Banquete*; la obra más influyente, tanto a nivel filosófico como literario que ahonda en esta compleja emoción. En su vertiente filosófica como medio que pretende acceder a la verdad y a la esencia del amor y en una vertiente literaria, como una estampa de Sócrates, dibujada por Platón, que encarna a la figura más conocedora y sabia en la cuestión amorosa.

MITOS QUE IDEALIZAN LA VIDA CONYUGAL

La sustancia del amor en *El Symposium*, o como también se ha traducido en el Romanticismo por el poeta Shelley, *El Banquete*, de Platón, proviene de los discursos pronunciados por Fedro, Eriximaco, Pausanias, Aristófanes, Agatón, Alcibíades y finalmente Sócrates, y aunque para muchos estudiosos el principal sea el de este último, para el profesor estadounidense de filosofía Irving Singer, los cuatro primeros discursos son los que otorgan la unidad y coherencia al alegato final socrático; sin ellos no puede concebirse la concepción del amor que propone Platón. Las primeras disertaciones provienen de los presupuestos míticos y populares en la sociedad griega, donde aparecen Orfeo y Alceste.

Los mitos de Orfeo y Alceste ilustran un imaginario idílico en lo que refiere al amor conyugal. Si bien es cierto que en la Antigua Grecia el objeto amoroso no tenía por qué coincidir con el cónyuge, ya que el matrimonio era tan solo una institución destinada a la procreación, estos mitos sí representan un ideal que hacen confluir matrimonio y amor. Dichas leyendas describen unas situaciones modélicas en el mundo antiguo, aunque para los griegos, que el objeto de deseo coincidiese con el cónyuge era del todo improbable e innecesario, como apuntaba con anterioridad.

El arquetipo de Orfeo es una de las ficciones más representativas que pretende ilustrar el amor verdadero en la Antigüedad. En este relato se concentran las tres cuestiones que atraviesan a la literatura en general; el amor, la muerte y el arte, concretamente en lo artístico a la música y a la poesía.

De forma breve, en este mito se cuenta como Eurídice (esposa de Orfeo) muere a causa de la mordedura de una serpiente cuando huye de Aristeo y su esposo accede al Inframundo, desafiando por amor el mismísimo Reino de los Muertos para recuperarla. En este caso no será necesario sacrificar a un animal para atraer con la sangre a las almas; a Orfeo solo le bastará su música para abrirse paso hasta llegar al rey Hades y a su esposa Perséfone.

Orfeo consigue convencer a Perséfone de recuperar a su amada esposa, pero la reina del Inframundo solo le pone una condición, y es no mirar nunca atrás hasta haber abandonado totalmente el mundo de los muertos. Orfeo, con su bello canto consigue persuadir a Cerbero, guardián del Infierno, deja atrás el Tártaro. Eurídice va detrás de él, cogida de su mano. Al llegar a la salida del Inframundo, Orfeo no puede evitar girarse para cerciorarse de que Eurídice está detrás de él y esta desaparece al no haber abandonado del todo el oscuro reino. Orfeo, una vez que vuelve a perder a Eurídice se adentra de nuevo en el Hades, pero esta vez Aqueronte no le permite el paso. El triste amante se retira a las montañas para llorar a su amada. Permanece allí siete meses; entretanto las ninfas adoradoras del dios Baco pretenden

conquistarlo, pero él no accede a ninguna de sus pretensiones. Finalmente, Orfeo muere despedazado por estas ninfas y sus restos son arrojados al mar.

Dilucidar el origen del mito de Orfeo es muy difícil, prácticamente imposible. Todo lo que se conserva bajo el nombre de literatura órfica son fragmentos que pertenecen a diferentes épocas y de diferentes autores. En un principio, este mito proviene del dios Apolo que es el dios del canto y la música. Carlos García Gual y David Hernández de la Fuente sostienen que Diodoro de Sicilia inscribe a Orfeo como el importador de Egipto a Grecia de la mística dionisiaca, ya que el dios Dionisos era el equivalente al Dios Osiris. Ambos autores afirman que en Orfeo converge lo apolíneo y lo dionisiaco; por una parte es un héroe que consigue descender al Hades y volver del Inframundo, mas por otra, no consigue devolver a la vida a su amada y, aún así, Orfeo se convierte en un símbolo de lo eterno. El Orfismo se caracteriza por ser una especie de secta esotérica con unos escritos en láminas que, presumiblemente, fue el mismo Orfeo quien las escribió, y que ofrecen la posibilidad de sobrevivir en el Más Allá. Funcionan como una especie de manual. Orfeo es su profeta y es quien indica el camino hacia la salvación del alma. Esta doctrina fue una corriente místico religiosa que considera que el alma y la materia operan por separado. Mientras que el cuerpo es perecedero el alma es inmortal.

Platón fue considerado órfico en su tiempo, de hecho, con posterioridad, el neoplatonismo emanará directamente del orfismo, y a su vez, esta creencia desembocará en el cristianismo, tal y como lo conocemos. Sin embargo, el trato que Platón ofrece a Orfeo en el *Banquete* dista de la adulación ya que recurre a la ironía al situarlo como un cobarde en relación con Alceste, quien dio su vida a cambio para que su marido no muriese. En *El Banquete* se menciona el mito de Orfeo, concretamente cuando Fedro, invitado por Sócrates, es el primero en hablar de amor. Este opina que Orfeo no fue lo suficientemente valiente para quitarse la vida y así acceder al Inframundo de pleno derecho. Para Fedro el amor tiene que ver con el honor y la valentía y Orfeo es un claro ejemplo de cobardía.

En cambio, a Orfeo. El hijo de Eagro, le despidieron del Hades sin que consiguiera su objeto, después de haberle mostrado el espectro de la mujer en busca de la cual había llegado, pero sin entregársela, porque les parecía que se mostraba cobarde, como buen citaredo, y no tuvo el arrojo de morir por amor como Alceste, sino que buscó el medio de penetrar con vida en el Hades. Por esta razón sin duda le impusieron también un castigo e hicieron que su muerte fuera a manos de mujeres. (Platón,1983:39)

Las obras de Platón son confusas, ya que no sabemos quién pronuncia los discursos realmente. No conocemos a ciencia cierta de quien proviene aquello que se expresa, así pues, no discernimos si estas palabras proceden de Fedro. De igual forma, la versión que Platón ofrece de Orfeo en *La República* es la de una persona afeminada y altamente misógina. Se dice que Orfeo sentía tanto odio por las mujeres una vez que perdió para siempre a su amada, que decidió reencarnarse en cisne para no nacer de ninguna mujer ni reencarnarse tampoco en hombre. Un elemento significativo de este mito es el gran sufrimiento por la pérdida del ser amado.

Orfeo es una representación que evoca al deseo de la inmortalidad y de la trascendencia a través del amor y de la música como una forma de escapar de los límites de lo terrenal. Conforme a lo escaso que se conoce y por las obras homéricas, pareciese que lo que sucedía después de la muerte no resultaba algo muy grato. García Gual y Hernández de la Fuente citan en su libro el pasaje de la *Odisea* en el que Aquiles afirma que prefiere ser un esclavo o alguien sin honores en la Tierra antes que ser el rey de los muertos en el Inframundo. Sin embargo, con el mito de Orfeo y la religión órfica El mito de Orfeo y la religión órfica cambiaron esta representación lúgubre del Más Allá por la idea de un mundo paradisíaco y feliz; siempre y cuando se sigan unas instrucciones morales en el mundo terrenal El mito de Orfeo pasa a convertirse en un arquetipo, no solo de amor verdadero sino también de trascendencia y de deseo de inmortalidad.

El poeta griego Fanocles da una versión de Orfeo con una pronunciada misoginia. En los versos de Fanocles se manifiesta frecuentemente la tendencia homosexual. Debido a la pérdida de Eurídice, Orfeo se refugia en el amor por los hombres, concretamente Fanocles menciona el amor entre Orfeo y Calais. Según Fanocles, Orfeo, tras perder a Eurídice, fue el primero de los tracios que mostró amor por los hombres y fue por esto que las ménades les dieron muerte, en esta misma línea, en sus versos se cuenta que las mujeres siguen pagando el precio por haber asesinado de forma tan vil al infortunado amante.

Los textos griegos sugestionarán profundamente a los poetas latinos Virgilio y Ovidio. La versión que Virgilio hace en su obra *Geórgicas* (29 a.C) de este mito es de forma insondable dramática y con tonos patéticos que enfatizan la gran tristeza de la pérdida; por otra parte, Ovidio reformula este mito de forma más extensa y con un final feliz que impregna el relato de una tonalidad no tan oscura, como la de Virgilio.

En el libro décimo de las *Metamorfosis*, Ovidio narra el mito de Orfeo y de su vínculo con el amor. Orfeo se dirige a los reyes del Inframundo, a Plutón y a Proserpina, y les dice que por

amor ha descendido ya que por amor se hacen muchas cosas, como puede leerse en la siguiente cita de las *Metamorfosis*:

La razón de mi viaje es mi esposa, a la que insufló su veneno una víbora cuando fue pisada, arrebatándole sus años de juventud. Creí poder soportarlo y no diré que no lo he intentado: mas ha vencido el amor. Bien conocido es este dios en las regiones de arriba; no sé si también lo será aquí, pero así lo sospecho y, si no ha mentido el rumor de un antiguo rapto, a vosotros también os unió Amor. (García Gual y Hernández de la Fuente, 2015:123)

La versión de Ovidio también emana de la obra elegíaca de Fanocles cuando dice que la muerte de Orfeo se produce por el furor de las mujeres tracias que se sienten despreciadas al no sucumbir Orfeo a sus tentaciones y por el interés de este hacia la compañía masculina y su implicación en el origen de la pederastia.

Es más, él fue quien indujo a los pueblos de Tracia a dirigir el amor hacia tiernos varones, y a recoger las primeras flores y la breve primavera de la edad que precede a la juventud. (Ovidio, 1994:340)

Finalmente, Ovidio nos habla de un reencuentro feliz entre Orfeo y Eurídice en el Hades cuando este muere y así, este mito refuerza un ideario de amor verdadero e imperecedero más allá de la muerte. Sin embargo, en la obra de Ovidio queda muy explícito que el amor es aquello que se da fuera del matrimonio. Para Ovidio, la pareja perfecta es la de dos amantes, ya que lo que se da fácilmente no puede alimentar el amor duradero. De forma categórica afirma que el amor verdadero no puede darse en el contexto matrimonial; es preciso señalar que su oda se dirige en mayor medida a su amada Corina, una mujer casada. En el capítulo 19 de *Amores*, dedica toda una prosa requiriendo al marido de Corina para que ponga las cosas más difíciles, ya que, en la conquista de las dificultades, el amor encuentra su sublimidad. La cuestión matrimonial es muy diferente para el poeta romano Lucrecio, ya que este respalda que los matrimonios son la cura del amor y que los ingredientes para tener un buen matrimonio no son más que la afinidad sexual y el trato del día a día como el pilar que va construyendo la relación.

Otra versión de la katábasis al Inframundo es la narración de Alcestris, que bien puede funcionar como la versión femenina del mito de Orfeo, y aunque esta posee notables diferencias respecto al relato órfico, también refuerza el presupuesto de amor dentro del matrimonio. Alcestris es una de las obras del dramaturgo Eurípides.

Es un relato un tanto peculiar en el que se nos explica que Admeto, el rey de Tesalia consigue el favor divino de una prórroga de vida más allá del tiempo que le corresponde, aunque en su

lugar debe ofrecer el sacrificio de alguien que muera por él para sustituirlo. Nadie se presta a ello, por lo que su esposa Alcestis decide sacrificarse con valentía por amor.

Eurípides parte de dos arquetipos representados de forma extenuada, que son el de la esposa amante y el del héroe mitológico que lucha contra la muerte y la vence.

La obra fue representada en el año 438 a.C en forma de tragedia y ya se localizan fragmentos del mito de Alcestis en los poemas homéricos, igual que con Orfeo. En una primera versión, es Perséfone la que se compadece del acto tan valeroso de Alcestis y la retorna a la vida, aunque parece ser que el poeta Frínico fue quien introdujo la modificación de la salvación de Alcestis por Herácles. Las tragedias se caracterizan por dotar de más humanidad a los personajes y alejarlos del temperamento heroico, y esto mismo es lo que le sucede a Admeto; es un hombre que muestra bastante cobardía y es incapaz de salvar a su esposa. Si en Orfeo identificamos a todo un héroe, en esta obra es Alcestis la heroína. Ella no es una mujer querida, es la mujer “más querida” de todas. Tanto Orfeo como Alcestis son sinónimos de fidelidad absoluta hacia sus respectivos cónyuges, pero no una fidelidad entendida en términos actuales; más bien una fidelidad en un sentido moral de forma elevada; una fidelidad, como denominaría Foucault basada en una “sustancia ética”, que pretende contener las contradicciones humanas para conceder al alma toda su pureza moral. Feres, padre de Admeto afirma que los matrimonios benefician a los mortales y si no es así, no merece la pena casarse. Siguiendo con este razonamiento, Admeto recurre al mismo Orfeo para mostrar su incapacidad de luchar por amor y así con esta cita se acentúa el temperamento temeroso que agudiza el pánico de un esposo que no se siente dispuesto a enfrentarse a la decisión que puede salvar la vida a su esposa.

Si tuviese la lengua y el canto de Orfeo para cautivar con mis canciones a la hija de Deméter o a su esposo y poder sacarte del Hades, hasta allí bajaría y ni el perro de Plutón, ni Caronte conductor de almas con su remo podrían retenerme, antes de volver a llevar tu vida a la luz. Pero, por lo menos, espérame allí cuando muera y prepara la casa como si fueras a compartirla conmigo. (Eurípides, 1999:23)

Un tercer personaje crucial es Heracles, amigo de Admeto y quien rescata del Inframundo a Alcestis, mas al final de la obra, parece como que pone a prueba el amor del esposo que recién enviuda, ofreciéndole otra mujer y he aquí un momento de tensión en el que seguramente el espectador se muestra especialmente atento a la reacción de Admeto ante tal proposición. Digamos que nuestro personaje, debe mostrar el respeto hacia la promesa de no volver a compartir nupcias con ninguna mujer más, pero al levantar el velo de la desconocida

descubre que no es otra que su propia esposa, a quien Heracles ha rescatado. Se produce así un final feliz, con el matrimonio de nuevo unido.

A pesar de que estos mitos idealizan la vida conyugal, esto no quiere decir que Platón, al igual que Ovidio, ensalce este tipo de amor. Cuando Platón menciona a Alcestris lo hace como un elogio a la mujer, en general, ya que la considera como una suerte del alma que protege a la institución matrimonial. El *eros* platónico nada tiene que ver con la fidelidad ni con la institución que ampara la procreación, es más bien un amor promiscuo que busca la perfección y al no hallarla, no cesa en la búsqueda. Amar a alguien no es amar a un sujeto; es amar a la bondad que hay en ese sujeto. El amor que propone Platón tiene que ver con la virtud en primer término, lo que los griegos calificaron como *areté*; palabra que refiere a un valor esencial de difícil traducción, como un mérito que todo griego debe poseer y sin esta virtud no vale la pena vivir.

El amor que podría enmarcarse en estos mitos que hace confluír un amor puro entre dos esposos más bien podría responder a la *philia* aristotélica; una relación entre dos personas que comparten unos valores morales ensalzados. Platón califica el amor marital como un “acercamiento imperfecto” al amor verdadero. El amor en mayúsculas conforme a Platón nace de una excelsa racionalidad, y no de las emociones y los sentimientos que posteriormente concebirán los románticos. En *El Banquete* se critica la excitación que sienten unas personas por otras. El amor verdadero es aquel que se eleva por encima de las pasiones humanas, de lo mundano; es un amor que se nutre de la razón elevada y que requiere de un afán intelectual constante. Singer opina que este amor erótico descuida lo primordial

Pero entonces, insisto, hay por lo menos una clase de amor que la filosofía platónica descuida y es el amor por las personas, el amor entre seres humanos que se otorgan valor unos a otros, cada uno de ellos respondiendo al carácter único del otro, cada uno de ellos interesándose en el otro como un individuo aparte, independientemente de las imperfecciones y al margen de las satisfacciones que también origina. (Singer,1992:106)

Platón admite que el amor nos hace mejores personas, más altruistas, pero de su pensamiento se desprende que en estos actos heroicos como los que hacen Orfeo y Alcestris, lo que se persigue es más bien un amor por la virtud, por la gloria y la fama.

EL ANDRÓGINO Y EL DESEO DE LA UNIDAD

Aristófanes traza el discurso del amor mediante el mito de los tres géneros: masculino, femenino y hermafrodita. El andrógino encarna la unión de los contrarios; el Todo, y refiere a una unidad primaria. En China esta figura es simbolizada por el Yin y el Yang, un equilibrio entre lo masculino y lo femenino, en la cultura hindú encontramos la pareja compuesta por Purusha y Prakriti que forman ambas sexualidades enlazadas. Otras religiones como la árabe presentan a una humanidad carente de sexualidad, donde las figuras de Adán y Eva se personifican en un hombre universal. El mito del andrógino es uno de los más representativos de los diálogos de *El Banquete*.

Aristófanes apunta a que los hombres han ignorado la gran capacidad que entraña el amor y el poder que este concede a la humanidad y define el amor como un “íntimo anhelo de restitución perdida, de reencuentro con un total”; el reencuentro de uno mismo con la persona que se ama. Nos dice que antiguamente convivían tres géneros en la Tierra; hombres, mujeres y andróginos, estos últimos, seres con forma ovalada, mitad hombre, mitad mujer, con cuatro brazos, cuatro piernas y dos caras en una misma cabeza. Estos seres eran muy poderosos, tanto que desafiaron al mismísimo Zeus y este les castigó dividiéndolos y condenándolos a pasar el resto de su vida a buscar esa mitad de la cual han sido castrados. Esa otra mitad no es más que la parte que nos fue sustraída y que hacía de nosotros seres completos; esa mitad somos nosotros mismos; otra versión de nosotros mismos; esta sería la semejanza platónica que el que ama busca en el ser amado. El amor, pues, ejerce la función de la restauración y completud de dos seres que forman uno solo; es un catalizador que se encuentra a medio camino entre los dioses y los hombres. Según el texto de M.^a del Carmen Fernández Díaz, “La nostalgia de la unidad perdida”; Adán es un ser andrógino ya que surge de otro ser que es una mujer, que es Eva y, de igual forma, todos nosotros, en nuestro pasado más absoluto fuimos dos, ya que todos nacimos de una madre. Este planteamiento manifiesta que en todos nosotros subyace la nostalgia del vínculo de un solo ser.

Los hombres escindidos de su mitad femenina son hombres que aman y desean a las mujeres y se caracterizan por ser hombres muy mujeriegos y de igual forma opera el mismo supuesto en las mujeres que dirigen un deseo exacerbado hacia los hombres. El amor responde a un profundo deseo y búsqueda de la totalidad ontológica.

Para Aristófanes, el amor y el sexo están unidos, mas de forma unánime se expresa en *El Banquete* que el sexo no es amor. Afirma que la fusión con la persona amada significa la restitución de dos personas en una sola y que el acto sexual es ese esfuerzo por volver a adherirse y responde a ese anhelo de volver a unir dos cuerpos que un día fueron separados,

aunque nunca puede llevarse a término. Aristófanes, en su discurso sobre el amor, expone el amor homoerótico. Este amor no persigue la perpetuación de la especie y surge de los hombres y mujeres primitivos, no de los seres andrógino, ya que estos últimos se entregan a la heterosexualidad en recuerdo de su otra mitad. El amor heterosexual es aquel que busca curarse y fundirse en el otro para formar uno solo; así pues, aquellos hombres adúlteros, mujeriegos son claros herederos del andrógino, igual que las mujeres que buscan el contacto constante con los hombres, como se inscribe en líneas anteriores. Aristófanes explica que aquellos hombres, que aun amando a otros hombres se casan y procrean lo hacen, no por un impulso natural sino por una obligación legal. El amor más elevado es el amor de un hombre hacia otro hombre.

La figura mítica de Hermafrodito responde a ese ser andrógino. En el libro IV de las *Metamorfosis* de Ovidio se da cuenta del mito donde la ninfa de los ríos, estanques y manantiales, Sálmacis, se enamora de Hermafrodito al verlo desnudo bañándose. Él reniega de su amor y la esquivo, a lo que ella le abraza fuertemente y acaban fundiéndose en un solo ser por la súplica divina de la ninfa.

Algún dios favoreció sus ruegos, pues en efecto, sus dos cuerpos se fundieron y se revistieron de una única figura: de la misma forma, cuando uno envuelve dos ramas con corteza las ve unirse y desarrollarse a la par a medida que crecen. Así, cuando sus miembros estuvieron unidos en un fuerte abrazo ya no eran dos formas, sino una forma doble, de la que no se podía decir si era hombre o mujer, pues no parecía ninguno y parecía los dos. (Ovidio, 1994:175)

En *El banquete*, Platón presenta a su maestro Sócrates como el gran conocedor del verdadero amor y, ya en las primeras líneas se deduce que Sócrates dirige a su interés hacia los muchachos. Sócrates representa para Platón la gran sabiduría y el amor que profesa hacia los jóvenes no es un amor físico, es intelectual. Prueba de ello es la respuesta a las insinuaciones sexuales que Alcibiades le profesa y como se nos aclara que Sócrates pasa la noche con él, algo que sorprende al joven. Platón diferencia el amor al sexo, ya que indica que amor es fusión y no nupcias.

La filosofía platónica nos dice que el amor es el deseo de la posesión perseverante de aquello que es bueno y que todo movimiento humano se origina y parte del amor. La finalidad última es la belleza absoluta. El amor dota de belleza al objeto. Amor y deseo están íntimamente relacionados. El deseo surge de la carencia; es ese algo que intentamos atrapar para poseerlo

y hacerlo nuestro. Lamentablemente, este deseo platónico es inalcanzable y solo puede lograrse en la muerte, en un mundo más allá del nuestro.

Cuando el hombre ama, persigue poseer la bondad que hay en ese otro. Este amor platónico, nos dice Singer, “no es el regreso de un cuerpo al cuerpo de una criatura seccionada en dos, es el esfuerzo dinámico que hace el alma para lograr la unidad con la fuente de su ser”.

A través del ser amado, el amante puede tocar el cielo; es un amor que va más allá del cuerpo, es el deseo absoluto, lo que Denis de Rougemont califica como la “aspiración luminosa” que se traduce en el supremo deseo de Unidad. La unión es un concepto clave que conecta con este amor. El teólogo Paul Tillich califica el amor como “la reunión dinámica de lo separado”, mas Singer considera que esta unión más bien debería llamarse reunión.

A los seres humanos biseccionados los impulsa un sentido de alienación con respecto a la otra mitad, con la que buscan reunirse. Esos seres logran su unidad mediante un proceso de búsqueda, de anhelo, de afán. Aparecen elementos similares en la doctrina de Platón. El amor sigue siendo una búsqueda de aquello que elimina la separación, aunque ahora el objeto de amor es un ente filosófico y, por lo tanto, la unión ha de ser espiritual en vez de física. (Singer,1992:84)

El *Eros* va más allá de un deseo carnal, es un deseo que no acaba y que no puede satisfacerse en este mundo; tan solo con la muerte se alcanza tal Unidad. Para Platón, el amor filosófico es el amor más puro, es el amor que conecta al ser humano con la inmortalidad. Platón cataloga el amor en una serie de etapas por las que debe transitar el amante arquetípico:

Al principio y de forma natural, el amante, como es joven deposita toda su atención en la belleza física y en consecuencia, se enamorará de alguien cuyo físico también sea agraciado o de su gusto, sin embargo, Platón especifica que esta relación no está basada únicamente en la cuestión sexual; él menciona a amantes jóvenes que originan bellos sentimientos. Este amor es una etapa efímera, ya que la belleza física no la acapara únicamente la persona amada.

En la segunda etapa, el amante entiende que la belleza del alma predomina a la belleza física y esto le dota de la capacidad de discernir entre aquellos sujetos interiormente bellos, aunque exteriormente no lo sean.

Cuando dos almas bellas se unen pueden alcanzar la siguiente etapa; un nivel donde la belleza moral concederá un conocimiento elevado. Una vez adquirido este conocimiento, el amante ideal se desprenderá de lo mundano y su amor puro solo concebirá bellos pensamientos que le conducirán en todo momento a la belleza absoluta; una belleza que consuma el amor revelando su misteriosa esencia.

Irving Singer explica de una forma bastante accesible qué significa lo que Platón denomina como las formas. Una forma simboliza la esencia ideal de una cosa. El mundo terrenal se conforma con la imitación imperfecta de estas formas idílicas. Todo participa de una belleza absoluta. La forma del amor, explica Singer, es como la forma de un unicornio; la reconocemos completamente a pesar de que sabemos que los unicornios nunca han existido; podemos distinguir completamente su forma al margen de su existencia real.

Las formas ideales son inmutables y eternas y estas nos desvelan la naturaleza del universo. Para acceder a la belleza absoluta tiene que existir un compromiso individual de auto perfeccionamiento hasta lograr la unidad del ser con todas las cosas.

Para la sociedad griega, la belleza emana de la armonía, es decir, la belleza asoma entre una relación armoniosa entre todas las partes que conforman un todo; cada parte es buena, la una para la otra, y generan algo bello. De aquí viene la idea platónica de que lo bueno es necesariamente bello, y así, todo aquel que contemple a alguien bueno que no sea bien parecido lo verá bello. El amor nos concede la capacidad para ver la belleza en cada sujeto y en cada cosa.

El neoplatónico Plotino fue el responsable de la transmisión de las ideas del amor, tanto de Platón como de Aristóteles. Una cuestión que incorpora este autor es la representación de Dios como el amor mismamente. Dios, en tanto a ser perfecto, es amor, lo que generará el puente entre las ideas de Platón y Aristóteles con el cristianismo.

Si bien, Aristófanes declara que el amor más puro es el homoerótico, es aquí donde la institución pederástica cobra significado.

El concepto de la *paideía* refiere a la institución educativa donde los maestros adultos criaban a los menores y de entre las distintas enseñanzas estaba la de iniciar al joven en los placeres sexuales. El mancebo responde a su maestro, que es el *erasta* con el amor *philial*. Los efebos alcanzaron el canon máximo de belleza, tanto que el imaginario de la belleza masculinizó a las representaciones de la mujer en las estatuas. La relación pederasta institucional no estaba exenta de cortejo. El adulto debía ganarse el afecto y los favores del joven, del mismo modo, si un joven se entregaba muy fácilmente a su maestro demostraba poco valor hacia sí mismo.

Michel Foucault expone en *Historia de la sexualidad II* que este asunto es un punto de inflexión en la erótica platónica. Se da una problematización del placer. El amor verdadero es el que se da entre el *erasta* y el *eromeno*, es decir, una relación en la que coexisten dos sujetos: uno activo y otro pasivo. Uno es el sujeto y el otro el objeto del placer. La filosofía amorosa de Platón nos dice que lo que el amor verdadero persigue no es el placer, sino la verdad, y en esta relación entre hombre y adolescente lo que se pretende es la instrucción a la

verdad, la sabiduría que el maestro transmite y enseña a su discípulo; no obstante, esta relación no está exenta de interrogantes, para Foucault, cuando el sujeto se convierte en objeto de placer, ¿debe conformarse con dar placer al otro? ¿puede sentir placer?, y si la respuesta es afirmativa, ¿cuándo debe el adolescente abandonar ese papel pasivo para convertirse en Hombre con mayúsculas? Se atiende en profundidad a la conducta moral del efebo, ya que se entiende que en la práctica activa masculina opera una fuerza “natural”, siendo “antinatural” la pasiva en un varón y que además lo feminiza. Foucault nos dice que estos discípulos son sujetos éticos.

Foucault distingue dos clases de deseo, o, como denomina, dos pulsiones distintas en la Antigüedad. Una es el deseo propio que la naturaleza impone y otra es el deseo de la belleza, independientemente del sexo del que provenga. Eran dos formas distintas de hallar placer.

La erótica platónica desvía el placer físico hacia la cuestión elevada que supone el aprendizaje dirigido a encontrar la verdad.

Y ahí, la respuesta al desafío de Aristófanes transforma la respuesta que este daba: no es la otra mitad de sí mismo lo que el individuo busca en el otro; es la verdad con la que su alma tiene parentesco. (Foucault, 2023:263)

En la sociedad patriarcal griega y posteriormente la romana, los sujetos pasivos eran concebidos como pseudomujeres. Aristófanes excluye a los afeminados con su burla de Agatón, asimismo, Sócrates desvirtúa a los jóvenes adornados y delicados. Estos hombres afeminados serán concebidos como una especie de “ofensa a la naturaleza”. En las *Metamorfosis* se narran historias de cambio de sexo, este siempre producido por los dioses. Uno de ellos es el de Ifis y Lante, un bello relato en el que Teletusa le oculta a su marido que ha dado a luz a una niña porque este le ha puesto la condición de que solo aceptará a un varón. La manda criar como un niño, hasta que en la adolescencia, Ifis se enamora de Lante y son prometidos.

Teletusa, desesperada abraza a Ifis y ruega a los dioses que el cambio de género acontezca, apelando a su conducta moral impecable, ya cuando el sufrimiento y la desesperación desbordan, y entonces se produce el milagro.

Eran iguales en edad y en belleza, y de los mismos maestros aprendieron las primeras nociones y los conocimientos propios de su edad; de allí nació el amor que tocó los inexpertos corazones de ambas, y que hirió a las dos con la misma herida. Pero sus esperanzas no eran las mismas; Lante ansiaba el matrimonio y el momento de la boda pactada, y creía que aquella a la que creía un hombre sería un día su esposo. Ifis, en

cambio, la ama sabiendo que nunca la podrá tener y eso aumenta su pasión, y, virgen, por una virgen se consume. (Ovidio, 1994:333)

La diosa pareció mover su altar (y de hecho lo movió), las puertas del templo temblaron, brillaron unos cuernos que imitaban los de la luna, y crepitó el sonoro sistro. Feliz por el fausto presagio, aunque no del todo segura, la madre abandona el templo: Ifis la acompaña y la sigue, con pasos más largos de lo habitual; tampoco el candor de su semblante es el mismo, su fuerza aumenta, el mismo rostro es más duro y la longitud de sus cabellos sin ornato es menor, y su vigor es mayor que el que tenía cuando era una hembra. En efecto, mientras hace poco eras mujer, ahora eres un muchacho. (Ovidio, 1994:335)

De igual forma se narra el mito de Ceneo, en el libro duodécimo; nacido como la bella Cenís que, aunque tuvo grandes pretendientes nunca se casó hasta que un día paseando por la playa, el dios Neptuno la viola. Apriadándose de ella, Neptuno le concede un deseo, y Cenís desea ser hombre, y así se convierte en Ceneo. Ambos cambios de sexo funcionan como una suerte de recompensa en la vida, no así el de Tiresias narrado en el libro III, que se convierte en mujer como castigo de los dioses por apalearse a una hembra de serpiente en pleno acto de apareamiento. El cambio dura 7 años, hasta que de nuevo se convierte en hombre al repetir la misma acción al encontrarse con las mismas serpientes. Así, Tiresias, incorpora la experiencia de ambos géneros, una comprobación del hermafroditismo. Su experiencia como mujer le permite comprobar que el placer femenino es superior al masculino.

De nuevo aparece la relación indisoluble entre el amor y el deseo como hilo conductor que atraviesa estos mitos. Tanto en el caso de Ceneo como en el de Ifis, se reconoce que el objeto de su placer son las mujeres y esto es algo que puede hacer intuir que estamos ante un tipo de veracidad que acepta que en estas mujeres habitaban verdaderos hombres.

EL AMOR COMO VÍA DE ASCENSIÓN A DIOS

El banquete ensalza el amor de Urania frente al amor de Afrodita Pandemos. El discurso de Pausanias introduce la idea de que no hay solo un amor, sino dos. El primero surge de la diosa Urania (Celeste) y el segundo parte de la diosa Afrodita Pandemo (Vulgar). Pausanias dice que toda acción, en sí misma, no es ni bella ni fea, apunta a la subjetividad del yo como anteriormente hizo Safo en sus escritos, afirmando que para ella lo más bello era el objeto amado. Las cosas no son bellas en sí, somos nosotros quien podemos hacerlas bellas o no, y lo mismo sucede con el amor.

De la misma manera no todo amar ni todo amor es bello ni digno de ser encomiado, sino solo aquel que nos impulse a amar bellamente. (Platón,1983:42)

Pausanias describe, en primer lugar, a aquellos que aman por igual a mujeres y a mancebos y en segundo lugar a aquellos que no valoran el intelecto de los individuos, puesto que solo buscan la satisfacción de su deseo y donde la cuestión importante es el cuerpo. Manifiesta que el amor más puro nos conduce a amar a los mejores y más nobles, aunque estos sean menos agraciados. El verdadero amor reside en amar la virtud por encima de la cuestión física; es el amor proveniente de la diosa Celeste. El amor vulgar es aquel que busca el placer; un amor apegado a lo perenne, a lo caduco como es la juventud y que no puede perdurar en el tiempo.

Y es hombre vil aquel enamorado vulgar que ama más el cuerpo que el alma, y que además, ni siquiera es constante, ya que está enamorado de una cosa que no es constante, pues tan pronto como cesa la lozanía del cuerpo, del que precisamente está enamorado, se marcha en un vuelo, tras mancillar muchas palabras y promesas. En cambio, el que está enamorado de un carácter virtuoso, lo sigue estando a lo largo de toda su vida, ya que está inseparablemente fundido a una cosa estable. (Platón,1983:46)

El amor platónico nos transporta directamente hacia la divinidad; este es pues el vehículo que conduce nuestra alma a Dios. Con anterioridad comentaba que la finalidad del eros desemboca necesariamente en la muerte. Conforme a ello, en el *Fedro* se describe a un eros que aspira a la fusión con Dios e insufla en nosotros su poder para acercarnos a él en la Tierra. Eros persigue fusionarse con la divinidad, se busca a él mismo en el más allá, en la Tierra no encuentra a ese amante final.

El verdadero amor, conforme a Platón, el amor virtuoso, dota de alas al alma para que esta se reúna con los dioses. El diálogo del *Fedro* ilustra la batalla que se libra en nuestro interior; una lucha entre la razón y los apetitos carnales; una lucha entre eros y *psyche*.

Para hablar del amor, Platón se sirve del mito de los caballos alados y el auriga, que representan la naturaleza tripartita del alma. El amor es una especie de enfermedad ocasionada por la imposibilidad de volar, literalmente, hacia la belleza. Uno de los caballos simboliza la parte pasional del alma, la que se deja llevar por sus instintos y sus apetitos; los excesos y la pedantería, el otro caballo encarna la parte más racional del alma, la que domina y controla al otro caballo.

La propiedad natural del ala es la de levantar lo pesado a lo alto, elevándolo a la región donde habita el linaje de los dioses. (Platón,1983:315)

Uno es un caballo manso y obediente y el otro es un caballo audaz e intrépido. En la lucha entre ambos corceles, el auriga frente al ser amado siente un calor que invade toda su alma. Contemplando el rostro del amado su alma se transporta de nuevo al recuerdo de la belleza; se produce la anamnesis, la reminiscencia de aquello de donde provenimos, el mundo de las ideas y de lo bello propiamente. Respecto a eso, cuando nos enamoramos, aflora en nosotros el mismo recuerdo del lugar del cual procedemos.

Pues el corcel que participa de maldad es pesado, gravita hacia la tierra, y entorpece a los cocheros que no estén bien entrenados. Allí precisamente se enfrenta el alma con su fatiga y lucha suprema. (Platón,1983:316)

La naturaleza del amor es la misma que la de lo bello y lo más sublime, así pues el que se enamora no se enamora del otro, sino se enamora de su propia esencia que es la que el otro le muestra. El otro se convierte en un reflejo de ese mundo ideal y bello al que deseamos retornar. No obstante, el caballo de nuestros instintos nos arrastra al mundo de la Doxa, al mundo en un plano físico y nos impulsa a satisfacer nuestros apetitos, a un amor egoísta basado únicamente en la propia autosatisfacción del placer, en contraposición del caballo de la razón. El amor divino tan solo podrá lograrse si vence el caballo dócil, aunque es necesaria la lucha entre ambos corceles, ya que son complementarios, nos dice Platón.

El concepto de “entusiasmo” alude a ese sentimiento que nos embarga y que nos hace estar como “poseídos” o “sustraídos” de nuestro propio ser. Es la emoción que embarga al enamorado y a través de la cual su alma se eleva hacia lo divino; es una especie de locura que nos recuerda la belleza en su estado más puro, es el brillo dentro de la “cosa”. Al contemplar dicha belleza el alma recobra sus alas y desea volar para unirse de nuevo con los dioses. No es una excitación física, es una agitación del espíritu. El amor sincero es un don enviado por los dioses que nos permite posicionarnos nuevamente ante lo bello.

Por ello, de quien realmente se enamora es de su propia naturaleza vista en el otro; el amado actúa como un espejo para el amante y viceversa (espejo normalmente representado por los ojos, la superficie del agua, etc.) por lo que la transformación del amante en el amado está estrechamente unida con la participación de ambos en las ideas universales del amor, bien o belleza, o sea, en la divinidad. (Serés, 1996:17)

En el *Fedro*, el alma desea regresar y reunirse con el mundo de las formas inmutables y eternas. El mito de los caballos y el auriga se corresponde con la naturaleza doble que Platón concibe en el ser humano: alma y cuerpo. A ambos caballos lo que les incita es el amor, pero un amor diferente a cada uno. Son los dos amores que nos presenta Pausanias, cuando habla de los dos tipos de amor; el amor de la Afrodita celeste y la Afrodita terrenal.

El entusiasmo es una suerte de locura; concretamente de divina locura. Conforme a Platón, coexisten dos tipos de locura: una refiere a la enfermedad y otra a la liberación de alma; al verdadero amor. Platón define al amor como el elemento que conecta lo humano con lo divino. Con posterioridad, en el cristianismo, la experiencia más sublime del amor será la unidad con Dios.

Respecto a las pasiones del cuerpo y en consonancia a lo anteriormente explicado, Platón diferencia el sexo del amor. El amor nos civiliza y nos aleja de la animalidad. Esto no significa que Platón condene propiamente el acto sexual, tan solo que con su discurso incita a la moderación de los placeres; de nuevo se invoca a la armonía.

Como este es el principio básico de belleza, el alma armoniosa sería el alma bella al que el amante aspira. En la medida en el que el sexo entra en esa armonía, no puede ser eliminado. Se ha de subyugar, subordinar, incluso “esclavizar”, pero no es necesariamente malo ni siquiera, en su lugar, nocivo. (Singer, 1992:95)

En tiempos de Homero, el eros no solo aludía al deseo sexual, sino también a las necesidades más primarias como el comer y el beber. Eriximaco, médico, presenta en su discurso el amor como una medicina misma, como la unión de los contrarios. Es lo que une al bien con el mal, lo húmedo con lo seco, es una complementación de antónimos. Eriximaco opina que son los médicos los que deben dar las pautas de como disponer de los placeres para que no resulten perjudiciales. Estos placeres son tanto culinarios como físicos. En otras palabras, Eriximaco propone unas normas que permiten el disfrute sin que este conlleve un peligro para el alma humana. Para Platón, estos apetitos son “inferiores”, los que compartimos con los animales. El hambre, la sed y el placer sexual deben moderarse. Así se da una batalla entre la parte superior y la inferior del alma. Dominarse a uno mismo será primordial, conforme a esta filosofía.

Mediante sus idealizaciones del deseo, la tradición del eros transforma al animal humano en una criatura con alma, un yo que aspira a perfeccionarse, un ser eterno que traza una trayectoria única en el tiempo y percibe su propia unidad dramática. El alma erótica lucha por algo que satisfará el deseo. (Singer, 1992:183)

Platón describe el *eros* como una especie de exaltación que trastorna al cuerpo y al alma con humores malévolos. Los humores son los líquidos alojados en el cuerpo. Dicho amor no surge en nuestra alma, no surge en nosotros, sino de afuera de nosotros. Es un amor que parte del exterior y nos despoja de juicio y de razón, el ya mencionado “entusiasmo”. Para Platón, el sexo entorpece en la búsqueda del verdadero amor y esto tiene que ver con la dualidad humana. En el *Fedón* se inscribe que el verdadero ser es una entidad espiritual, incorpórea y el cuerpo es un vehículo que nos da forma durante un tiempo limitado, aunque Platón se auto contradice, ya que en otros momentos afirma que el ser humano es materia y espíritu, alma y cuerpo.

En las *Leyes*, Platón especifica tres tipos de amor: El amor corporal, el amor del alma y un amor compuesto por ambos, que conforma cuerpo y alma a la vez. En efecto, para la filosofía platónica, el amor verdadero es el amor del alma y un amor entre los hombres, pero un amor que parte del espíritu y no de la carne; es un amor que se acerca a la belleza absoluta y a los ideales de un objeto masculino idealizado.

Aunque en *El Banquete* se asegura que el amor puro debe ser homosexual, Platón deja muy claro que este amor debe ser un amor espiritual y no físico. El amor heterosexual es el amor propio de la naturaleza; el que asegura la perpetuación de la especie y el que tiene que ser practicado físicamente. Los verdaderos amantes no lo son en la sexualidad, sino en un propósito común de búsqueda de la belleza absoluta y en forma de compañeros.

Una cuestión controvertida que Foucault destaca es la de consentimiento en las relaciones en la Antigüedad; el ceder ante lo que se ama y lo que no se ama. Platón define que el comportamiento del amante debe ser ante todo “honorable”. La cuestión de la honorabilidad resulta sumamente importante.

A la pregunta acerca de ¿qué tipo de amor se promovía en Grecia, si el amor entre hombres o el amor heterosexual? conviene recordar que, en todo momento, nuestra reconstrucción del pasado helénico se hace a través de los pocos escritos que han sobrevivido, así resulta muy ambicioso reafirmarse en una única opinión que dé respuesta con total rotundidad, mas, sí se abstrae que las relaciones entre hombres eran aceptadas. El papel de la mujer en Grecia en este imaginario de amor que hemos heredado de la tradición poco nos cuenta acerca de las mujeres de las clases más humildes. En tiempos de Platón se afirmaba que las mujeres, debido a su condición de inferioridad biológica, estaban incapacitadas para aspirar a un amor tan excelso.

La oda amorosa surge en un contexto homoerótico pederástico y aunque en la antigüedad era un tema muy discutido cuál de los amores era más conveniente, parece que el amor entre

hombres ganaba más peso; en primer lugar, el mancebo albergaba en sí la semilla del hombre, un ser mucho más perfeccionado que la mujer, ya que a la mujer se le atribuía un semejante a la animalidad, probablemente por la menstruación, en cambio los hombres eran los poseedores de la razón.

Conforme a Juan Eslava Galán y su obra *Amor y sexo en la antigua Grecia*, bien podría considerarse a Safo como la inventora del amor, en tanto a la exaltación y sublimidad de las emociones y del discurso amoroso. Es preciso contextualizar que esta autora pertenecía a una familia acomodada, y aunque poco sabemos de ella, debido lo escaso que se conserva de su obra, se sabe que estaba casada y que vivió en la isla de Lesbos.

Probablemente, conforme a su estatus económico y que aún no existía el gineceo, Safo pudo permitirse ciertas licencias que muchas mujeres de la época ni tan siquiera se hubiesen atrevido a imaginar. Un emblema de la mujer de la antigüedad es Safo, para muchos y muchas, todo un referente feminista, aunque esta posición es discutible y procede de una lectura claramente postmoderna, ya que toda su oda se dedicaba al amor de forma genérica. Es muy fácil caer en la tentación de hacer una lectura anacrónica de esta autora.

Las mujeres de aquella isla tenían fama de mujeres muy masculinas y se sabe que allí, Safo poseía una academia poética para jovencitas. El patrón de la pederastia también se repetía en el paradigma femenino, en este caso la pareja formada por mujer y muchacha.

Ya en el siglo V a. C las cosas fueron mejorando para las féminas. Platón y Sócrates fueron defensores de la mujer, en su contexto histórico, por supuesto. Platón, en su *República* recomendó que la educación fuese igual entre hombres y mujeres y de igual forma, más libertad para ellas. Platón admiraba a Safo y la consideraba bella. Ya en la época helenística la mujer vivía en un contexto más libre, claro está que no equiparada al hombre.

EL AMOR COMO ARTE

Este último apartado se centra en la seducción. Una forma habitual de cortejo, en todo tipo de relaciones amorosas era lanzar una manzana al sujeto deseado. La manzana ha representado un símbolo de tentación en la Antigüedad que ha perdurado a lo largo de la historia. Durante mucho tiempo esta fruta adquirió un simbolismo totalmente erótico; se le atribuyen asociaciones sensuales a las manzanas, comparándolas con los pechos femeninos y una relación directa con la misma diosa Afrodita. De hecho, arrojar una manzana a alguien significaba invitarlo al juego erótico- amoroso. A partir del siglo IV, en el periodo helenístico se le dará a la manzana el símbolo de prenda de amor entre los amantes; como un presente para declarar sus sentimientos, y si la manzana estaba mordida aún tenía más valor, por

contener esta la mordida del amado. Siendo así, no es de extrañar que el cristianismo utilizase la imagen de Eva ofreciendo la manzana mordida a Adán. Todo el simbolismo erótico de la manzana en la Antigüedad clásica, al entrar en contacto con el cristianismo y con su idea de pecado, fue adquiriendo un sentido negativo hasta hacer de la manzana el fruto del árbol prohibido, el símbolo de la tentación y del pecado original.

Con Ovidio nos trasladamos casi 400 años después de Platón para hablar de las dos obras más representativas del célebre poeta. Las *Metamorfosis* y *El arte de amar*, que más bien debería llamarse “arte de la seducción”.

La obra de Ovidio está impregnada de rechazo hacia la dictadura de Augusto. Es condenado al exilio, lejos de sus seres queridos. *Amores* y *El arte de amar* son obras elegíacas. En estos textos, Ovidio ofrece toda una serie de consejos de seducción; se postula como todo un maestro de las artes amatorias. En la primera página ya invita a todo lector a que ame. Sitúa al amor y al arte al mismo nivel y declara la necesidad de la instrucción para formar a un buen amante. *El arte de amar* se divide en tres libros, el primero tiene un carácter más introductorio, el segundo está dedicado a los varones y el tercero a las mujeres. Entre sus múltiples consejos están los requiebros hacia la amada, los regalos, las promesas, la importancia de la oratoria y los lugares idóneos, para encontrar, tanto diversión como “algo” más; los teatros, los circos y los banquetes. La segunda fase consiste en la conquista; para Ovidio, todas las mujeres son conquistables.

Ovidio considera al amor como algo propiamente humano y huye de la idealización platónica. Para este autor, el amor nada tiene que ver con la nobleza y con los valores del espíritu. Su visión del amor está muy cerca de los hombres y situado en la Tierra; en absoluto lo posiciona en un espacio místico. Para Ovidio, los seres humanos son como animales y el amor es simplemente sexualidad humanizada, una cita con la naturaleza, una necesidad que debe satisfacerse. Es considerado, de hecho “el poeta de la ciencia y el sentido común”, aunque Singer opina que Ovidio es también un idealista, ya que promueve ciertamente un nuevo ideal del amor.

Si *El Banquete* declara un amor homosexual como más puro, en la obra de Ovidio será el amor heterosexual el que acapara gran parte de la significación. Se percibe un declive de la institución pederástica, todo y que se sigue practicando. Como dice Foucault.- en la sociedad griega la homosexualidad era aceptada y en la romana tolerada.

La literatura latina describe el amor como una relación natural con el sexo, como un deleite que sienten los cuerpos. Ovidio describe el *eros* como esa búsqueda incesante del placer y que nos lleva a querer experimentar con cuantas más personas, mejor. Las ideas de Ovidio y

su culto a la diosa Venus darán paso a una idealización femenina que marcará un nuevo orden en la Edad Media.

Ovidio se muestra rotundo cuando afirma que no es compatible el amor con el matrimonio, ya que el amor requiere de conquista, de transgresión hacia lo prohibido. La infidelidad, pues, es aquello que posibilita lo amoroso. El amor es una necesidad vital para la vida; no es posible vivir sin él. Define el amor como un profundo estremecimiento sin el que la vida no tiene sentido.

Esta es la razón por la que no se puede amar a las esposas: porque los maridos tienen acceso a ellas siempre que quieren. (Ovidio, 1995:115)

Este amor es una suerte de lucha de poder entre ambos sexos. Ovidio pretende que la mujer sienta el amor hasta en los huesos como una forma de doblegarla. Básicamente a ella también se le aconseja coparse de amantes, al igual que al hombre, aunque cabe decir una vez más que esto es algo propio de las clases acomodadas. La obra ovidiana también abunda en comentarios misóginos; no obstante, sí se distingue una mayor libertad para la mujer.

El placer disfrútenlo por igual la mujer y el hombre. Odio las uniones que no satisfacen a ambos: por eso es por lo que me atrae menos el amor de un efebo; odio a la que se entrega porque es necesario entregarse, y, seca, piensa para sus adentros en la lana que ha de trabajar. (Ovidio, 1995:83)

Ovidio establece una conexión vital entre el amor y el sexo. La máxima expresión del amor será el deseo sexual; esta energía, esencia, será la que posibilite el origen del mundo. El amor es el motor que mueve el mundo. Equipara ambos sexos en lo que respecta al placer, concediéndole a la mujer un papel de sujeto activo y no como mero objeto. Una descripción que da de las mujeres es como pajaritos que hay que cazar y, pese a la idealización femenina de igual forma se da una contra idealización como cura para el desamor que se concentra en la consideración de la mujer en su forma más humana y en sus defectos. Para Ovidio, el amor se cura encontrando a otro amor.

Foucault analiza las relaciones de poder que operan con la sexualidad y distingue entre deseo y sujeto deseante. Su discurso parte de la pregunta acerca de cuándo se empezó a problematizar la sexualidad y la condena moral que ha supuesto a lo largo de la historia. Como puede observarse, en la Antigüedad la sexualidad no fue tan problematizada. En lo que respecta al uso de los placeres emerge el concepto de las *aphrodisia*, que los latinos interpretarían como

los placeres del amor y describe todo un cúmulo de actos, actitudes, deseos y pulsiones relacionadas con el placer; son los también conocidos como los “actos de Afrodita”, y todo este conjunto de fenómenos proporcionan placer. En el *Timeo*, Platón alega que la lujuria es una enfermedad del cuerpo y que parte del exceso.

Aquí surge ya una de las problematizaciones del deseo, conforme a Foucault. Para Platón, el deseo es el núcleo desde donde debe partir el amor y como se ha ido viendo de forma reiterada, el deseo parte de la carencia.

Cabe mencionar la prohibición de la música y de la poesía en *La República*: para Platón no puede acontecer el deseo si no hay privación de aquello que se desea y la música, la poesía, convocan a las pasiones del alma desviándola del verdadero amor. Platón cataloga los deseos que nos transportan a las *aphrodisia* y los separa entre aquellos que son más necesarios.

Cierto que, en la educación y en el ejercicio de la templanza, se recomienda desconfiar de los sonidos, de las imágenes, de los perfumes. Pero no es porque el apego que se les tiene no sería más que la forma enmascarada de un deseo cuya esencia proviene de ser sexual, sino porque hay música que por su ritmo es capaz de ablandar el alma, porque hay espectáculos que son capaces de llegar al alma como una ponzoña y porque tal o cual perfume o imagen son de tal naturaleza que traen a la memoria el “recuerdo de la cosa deseada”. ((Foucault,2023:45)

El deseo más natural de todos es el que sienten los hombres por las mujeres. La función que tiene esta atracción es la de asegurar la procreación, tiene que ver con la perpetuación de la especie y debido a esto, el acto sexual provoca un gran placer que deviene en una necesidad comparable al comer y al beber. Mas estos apetitos deben refrenarse para no caer en el exceso. En las *Leyes*, Platón propone tres formas de contención: La ley, el miedo y el discurso verdadero.

De vuelta con Ovidio, Singer explica que este autor nunca aspira en sus textos a ofrecer un procedimiento que conlleve alcanzar un amor verdadero y apasionado para toda la vida. Para Singer, la ambición de Ovidio podría tener dos finalidades: En primer lugar, la de extraer el máximo placer en las relaciones y en segundo lugar, mantener su lugar de privilegio en dichas relaciones y ser un experto en la dominación a través de las artimañas amorosas.

El juego que él idealiza es una actividad estética: es la danza de la vida, un remolino en el que los dioses y diosas se persiguen con negligente abandono, un alegre cosquilleo de escondite, un caleidoscopio cambiante en el que los diseños cambian de lugar de un episodio a otro (por eso el tema de la transformación, de la metamorfosis. (Singer,1992:168)

Aunque algunas historias de las Metamorfosis indican que Ovidio se dio cuenta de que las personas se pueden amar una a otra de manera constante y beneficiosa, si bien trágica, no formula un arte de amor de acuerdo con esos alineamientos. (Singer,1992:172))

CONCLUSIONES

El amor es un relato discursivo en tanto a que responde a un imaginario que hemos ido heredando a través de los siglos. Los grandes amores se hallan en las narraciones, en los mitos, en las novelas y en el cine. El amor puede ser considerado un valor que concedemos al otro; es una forma de conceder una estimación añadida a alguien. La literatura ha explotado la idea del amor en tanto a aquello que nos dota de humanidad y de aquello que nos hace mejores personas. Por amor Hades rapta a Perséfone, Orfeo desciende al Inframundo en busca de su mujer, Alceste se sacrifica con la muerte por su esposo. Rougemont considera que estamos todos intoxicados por la enfermedad del alma, como la describían los griegos.

Platón y Ovidio, aunque con dos visiones del amor totalmente diferentes, han suscitado unos arquetipos que, a ciencia cierta han marcado nuestra idea del amor. Así como la *Biblia* es el libro que más nos ha afectado como sociedad, las obras de Platón y Ovidio bien pueden ser consideradas como las bases que construyen nuestra forma de amar. Ambos autores han asentado estos mitos en sus obras.

Los textos de Platón y Ovidio han permanecido a lo largo de la historia como obras altamente representativas. Cabe mencionar que las ideas de Platón eran concebidas como un saber esotérico, y como bien explica Rougemont, los mitos abandonan su naturaleza esotérica cuando se inscriben en la literatura.

El mito ha dado cuenta de los discursos amorosos situándolos en un lugar inaccesible, idealizándolos. En el caso de Orfeo y Alceste, con un amor conyugal que traspasa las fronteras de la vida y la muerte, por otra parte, con un andrógino que es hombre y mujer y tiene la capacidad de vivir un amor en plenitud sin necesidad de buscar a otro, ya que su ser es un todo; una figura altamente poderosa que compite con los mismos dioses y que es condenada a vagar por el mundo buscando su mitad separada; de igual forma, el mito de los amores de Urania Celeste y de Afrodita Pandemos, un amor ideal que busca ensalzar el alma frente a un amor vulgar que pretende saciar los apetitos más elementales, asimismo; *eros* y *psyche* batallando como dos caballos que se elevan para transportarnos al amor verdadero; el amor que irradia el espíritu y que nos permite una fusión con la divinidad, un amor que desdeña la pasión, pues esta es considerada como una enfermedad. Más aún,

cambios de sexo que los dioses conceden, a modo de recompensa o como castigo, donde el amor y el deseo están presentes. El amor y el deseo son concomitantes. El deseo se origina con la privación, así pues, el héroe virtuoso será aquel que sabe medir sus pasiones.

Platón no prohíbe el sexo, recomienda su abstinencia, aunque entiende que es la base de la procreación. La templanza es lo que caracterizará al griego modélico; la capacidad de ser un Hombre en mayúsculas comporta ser un hombre con autoridad para gobernarse a uno mismo. Los valores masculinos emergen por encima de los femeninos. Es una moral que ensalza los intereses de los hombres, considerando que las mujeres son incapaces de albergar la razón, ya que, en ellas, el cuerpo es su cárcel. En esta ética masculina se condenará el comportamiento femenino en un hombre, mas esta cuestión compromete a la relación pederástica entre maestro y alumno. En *El Banquete* (385-370 a.C.) de Platón se da una superioridad al amor homosexual por encima del heterosexual; no obstante, el amor entre dos varones es un amor del alma que no debe trascender al plano físico, aunque hay un vacío que parece justificarse en una relación entre *erasta* y *eromeno* basada en la transmisión de la sabiduría en los placeres. A menudo se asocia el *eros* con el placer; de hecho, el placer no está mal considerado en *El Banquete* y tanto el orfismo como Platón ya incorporaban la idea de una naturaleza dual en el hombre, cuerpo y alma. Conforme a la filosofía de Platón, el amor es el deseo constante de poseer aquello que es bueno y que responde a la idea de Bien y Belleza. En *El Banquete* se interpela a la esencia del amor y como este se origina, y de igual forma se persigue el procedimiento que nos ha de conducir al amor puro y verdadero. Se interroga acerca de aquello constituyente trascendental que hay en el amor. Todos los participantes quieren seducir a Sócrates, todos se muestran enamorados de la sabiduría que muestra. El arquetipo ideal del amor es Sócrates; él es quien más sabe de amor, así nos lo presenta su maestra Diotima en la obra.

Las *Metamorfosis* (8 d.C.) representa la obra cumbre de Ovidio en la que integra doscientas cincuenta leyendas y mitos, entre ellas la del mito de Orfeo. Es considerada uno de los tesoros de la literatura latina e influenciará enormemente en la Edad Media y en la idea del amor que posteriormente se conocerá como el amor cortés, en gran parte por su culto hacia la diosa Venus y también por su invitación constante a la infidelidad, ya que el amor no puede darse en el contexto institucional del matrimonio.

Con *El arte de amar* (2 d.C.) de Ovidio se sigue perpetuando la descripción del amor de las clases sociales acomodadas. Esta obra nos da pautas para amar, ya que amar requiere de arte, de práctica y de maestría. Para Ovidio, el amor no está exento de sufrimientos; no obstante, otorga una significación de este sentimiento más terrenal y alejado de una visión metafísica.

Cabe destacar que en ningún momento, Ovidio procura normas para obtener un amor verdadero y sostenible en el tiempo. Se puede concluir con la afirmación de que el tema del amor es muy extenso y a fecha de hoy nos sigue interpelando; así en virtud de lo argumentado, nada mejor que una frase de Irving Singer “El éxito en el amor depende en último término de fuerzas misteriosas que desafían a la comprensión humana”.

BIBLIOGRAFÍA

- Eslava Galán, J. 1997 *Amor y sexo en la antigua Grecia*, Ediciones Temas de Hoy.
- Eurípides, 1999. *Tragedias*, Editorial Gredos.
- De Rougemont, D. 2002. *El amor y Occidente*, Editorial Kairós.
- Delcourt, M. 1969. *Hermafrodita*, Editorial Seix Barral, S.A.
- Fernández Díaz, María de Carmen. 2006. La nostalgia de la unidad perdida, nº 28, págs.273-282. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1962786>
- Focault, M. 2023. *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI editores.
- García Gual, C. y Hernández de la Fuente, D. 2015. *El mito de Orfeo: Estudio y tradición poética*, Fondo de Cultura Económica.
- Ovidio. 1995. *Arte de amar y Amores*, Editorial Planeta de Agostini.
- Ovidio. 1994. *Metamorfosis*, Editorial Espasa Calpe.
- Platón. 1983. *El Banquete, Fedón y Fedro*, Ediciones Orbis.
- Serés, G. 1996. *La transformación de los amantes*, Grijalbo Mondadori.
- Singer, I. 1992. *La naturaleza del amor 1: De platón a Lutero*, Siglo XXI editores.